

XIII

El criado anunció :

— El señorito Pedro.

Dartigues se levantó vivamente y salió al encuentro de su hijo con las manos tendidas y la cara sonriente, pero la vista turbada por una especie de inquietud.

— ¡Cómo! ¿ Eres tú, hijo mío? No te esperaba. ¿ Qué ocurre?

Y al hablar así, Dartigues le examinaba. Era su manera de ganar tiempo y de sondear las disposiciones de las personas con quienes tenía que habérselas. Pedro, tieso y cerrado, se dejó acariciar sin corresponder á aquellas demostraciones, y dijo redondamente :

— Vengo de prisa á tranquilizar á usted.

— ¿ Cómo?

— Vengo de la Cámara.

— ¡ Ah!

La cara de Dartigues palideció y después se puso encendida. Sus ojos vacilaron. Pero pronto se recobró y preguntó con voz tranquila :

— ¿ Te habían contado?...

— ¿ La traición de Claudio Brun? La supe en seguida. Estaba dirigida contra mí tanto como contra usted.

— ¡ El miserable! Pero ha fracasado ridiculamente.

— ¿ Lo sabe usted ya?

— Sí. Barandet acaba de telefonármelo.

Pedro sonrió irónicamente.

— Está usted bien servido. Brun era uno de sus más fieles servidores. ¿ Barandet y Remancón están tan bien enterados de sus negocios de usted?

Pero, hijo mío, ¿ qué quieres decir? ¿ Crees que sí Claudio hubiera estado armado como él pretendía, su tentativa no hubiera tenido consecuencias? El marqués de Coutrás no ha hablado porque las calumnias de Claudio no tenían fundamento.

— ¿ Lo cree usted así?

— ¡ Cómo si lo creo! Estoy enteramente seguro. No tenía en sus manos nada serio, nada, absolutamente nada. Hay que no conocer á los hombres políticos para suponer que Coutrás, pudiendo poner en aprieto al gobierno, se haya callado teniendo el menor pretexto serio. ¡ Ah! Esa gente no tenía por donde cogerme. Han simulado un ataque, pero conmigo esas artes no resultan. Puedes estar tranquilo, hijo mío. Hay tribunales en Francia contra los difamadores y aunque sean miembros del Parlamento, no quedan impunes. Ante la Audiencia hay que probar lo que se dice, papeles en mano...

Se había calentado al fuego de sus propias palabras, y al tratar de persuadir á Pedro, se convencía á sí mismo. Apenas libre de las acusaciones de Claudio, estaba ya dispuesto á acusarle á él. Pedro le miraba con sombría tristeza y asistía á aquella inundación de impudencia que hacía olvidar á Dartigues todo lo que no era su propia persona.

En aquel momento tuvo Pedro el pensamiento de no revelar á Dartigues el secreto de su salvación, á fin de verle moverse con libertad y aprender por fin á conocerle. Podía así cogerle en flagrante delito de perfidia y de cinismo y ver aparecer al verdadero Dartigues, al que sospechaba que había sido verdugo de su madre, calumniador de Appel y cómplice de todos los bribones que gravitaban á su alrededor para el dolo, la concusión y el fraude. Se sentó, mudo y helado, mientras Dartigues, animado por el éxito obtenido, se paseaba por el despacho, según su costumbre, y decía :

— ¿ Qué iban á decir que no haya sido impreso cien veces? ¿ Que en nuestras vastas empresas hemos recurrido á los buenos oficios de la administración? ¡ Niñerías! Ante todo, es preciso probarlo. Y después, ¿ creen que se puede marchar sin la administración? ¿ El que se nos den facilidades es una razón para que las paguemos? Además, es Claudio Brun el que ha dirigido el negocio de Gabes, y no sé lo que él habrá hecho. Acaso será él el responsable de los hechos que quería colgarme. Esto ya lo pondremos en claro. Cuando yo sea diputado por Maillane nadie me hará ir por caminos que yo no quiera.

Pedro hizo un movimiento y sus ojos se fijaron en Dartigues.

— ¿ Piensa usted mantener su candidatura? preguntó

— ¿ Cómo si pienso? ¿ Crees que voy á soltar la prenda ahora? ¿ Qué hubiera hecho entonces si me hubiesen probado los delitos de que me acusaban? Ni aun entonces hubiera desistido pues eso hubiera sido declararme culpable. Hubiera luchado contra todo y contra todos. ¡ Y ahora más que nunca!

— ¡ Tenga usted cuidado! Se puede dejar tranquilo á un hombre obscuro, pero se combate á un personaje visible.

— Ya ves que no me han combatido. No pueden. Estoy en lo firme.

— ¿ Pero qué espera usted de esa elección?

— ¡ Todo! Con ella empieza la segunda parte de mi carrera. Hasta aquí he trabajado para tener una fortuna; desde ahora trataré de elevarme. Tengo grandes ambiciones y quiero llegar á gran altura. Para un hombre como yo, no hay fin alguno difícil de lograr. Mandaré en este país y le conduciré á la grandeza y á la prosperidad. He recorrido el mundo entero y conozco las necesidades de todos los pueblos, las aspiraciones de todas las razas y los deseos de todos los soberanos. Trataré, pues, con conocimiento de causa los negocios del universo en provecho de Francia. ¿ Me preguntas si pienso abandonar el combate, ahora que estoy en plena posesión de mí mismo, de mi pensamiento y de mi fuerza física? Toda mi vida la he pasado luchando y lucharé hasta morir.

Arrebatado por sus quimeras, se había transfigurado, su estatura había crecido y su mirada resplandecía. Pedro se convenció con amarga pena de las facultades superiores que poseía su padre y de la carencia de sentido moral, que las hacía inútiles. Le vió en aquel instante como seguramente había sido siempre en el curso de su vida, sacrificándolo todo á su ambición y digno casi de ser absuelto, por la potencia misma de aquel sentimiento que le hacía genial. ¡ Pero qué pena el observar esas brillantes cualidades en el momento en que era cierta la prueba de las manchas que las anulaban! Pedro dijo fríamente :

— Todos los cálculos de usted flaquean por la base. No puede usted esperar ningún resultado de la elección de Maillane, porque su candidatura es ya imposible.

— ¿Deliras?

— No, padre mío, es usted el que sueña. Y me causa profunda pena el despertarle.

— ¡La elección de Maillane imposible! ¿Por qué?

— Porque tiene usted como contrario á Barres.

— ¿Qué me importa Barres? Sé que es tu amigo y le trataría con consideración por ti. Pero me combate y me defiende para vencer. Es justo.

— ¡No! No sería justo. Porque acaba de hacer á usted el mayor servicio que un hombre puede prestar á otro. Y lo ha hecho por mi amistad.

Dartigues se detuvo de pronto, miró á su hijo con desconfianza y preguntó :

— ¿Qué servicio ha podido hacerme tan precioso? Pedro se levantó temblando, pero no retrocedió.

— ¡Le ha salvado á usted el honor!

— ¿Él?

— Sí. Por mi ruego ha ido á ver al marqués de Contrás y le ha pedido que no hablase contra usted.

— ¿Por tu ruego? exclamó Dartigues. ¿Qué? ¿Has tomado partido contra mí sin saber nada, sin oirme? ¿Tú, lleno de inteligencia y de corazón, has creído lo que un miserable había inventado para perderme y has rogado á un extraño, á un adversario, que interviniese en mis asuntos?

— Era preciso para salvarle á usted.

— ¿Quién te dice que yo necesitaba que se me ayudase? Podía defenderme solo y lo hubiera hecho, porque tenía los medios. ¡Me has hecho traición creyendo servirme!

— Padre mío, contestó Pedro, no espere usted enga-

ñarme. La certeza de la salvación le ha devuelto á usted la seguridad, pero el peligro que ha corrido era cierto y mortal.

— ¡Imbécil! ¿Qué sabes tú? ¿Has visto los documentos? exclamó Dartigues fuera de sí.

— No, pero he tenido en mis manos los papeles de Galbrán.

— ¡Los papeles de Galbrán! ¡De ese canalla! ¿Fuiste tú quien los compró?

— Sí, dijo Pedro dolorosamente. Es el sólo empleo que he hecho del dinero que usted me dió. Me ha servido para defenderle...

Hubo un pesado silencio entre el padre y el hijo.

— ¿Has leído esos documentos? preguntó por fin Dartigues.

— ¡Oh! no. Los quemé sin mirarlos... Los quemé, aunque estaba muy tentado de leerlos, porque una persona en quien tengo una confianza absoluta me ordenó que así lo hiciera.

— ¡Te ordenó!... ¿Quién?

Pedro sonrió dulcemente.

— Mi madre.

— ¡Ah! dijo Dartigues paseándose de nuevo con agitación. Se detuvo delante de su hijo y preguntó :

— ¿Y qué razón te dió?

— Una sola; que un hijo no debe sospechar de su padre. ¡Ah! Si hubiera dependido de ella sola, tan buena, tan generosa y tan digna, mi pensamiento hubiera seguido puro y mi corazón no se hubiera desgarrado. Pero los demás, sus amigos de usted, los indiferentes, han hablado y he tenido que saber por qué he crecido al lado de una madre abandonada y por qué el que le reemplazó á usted con ella me había hecho la caridad suprema de darme su nombre.

— ¡Pedro!

— ¡Ah! Padre mío, hubiera querido evitar esta explicación entre nosotros, pero usted la ha hecho necesaria. Ahora es preciso que vayamos hasta el fin y que ambos veamos el fondo de nuestros pensamientos y de nuestro corazón. ¡Por piedad, piense usted que de lo que va á decir y hacer dependen mi afección y mi respeto! Si le es á usted igual que le acusen los indiferentes, no se exponga á ser juzgado por su hijo.

Dartigues se calmó como por encanto, se sentó al lado de Pedro y le dijo con una dignidad perfecta :

— No sabía, hijo mío, que tuviera que medir mis palabras hablando contigo. No me tacharás de disimulo, pues no te he ocultado nada de mi pensamiento. Te he hecho ver toda mi ambición, creyendo contar con tu cariño, y veo que cuando yo me ponía á tu discreción, tú te reservabas y estabas deliberando cómo debías tratarme.

Sonrió y siguió diciendo :

— Después de todo, prefiero esa actitud que debe facilitarme mis designios. Lo que vamos á discutir es casi un negocio, de modo que estoy en mi elemento. ¿Sabes el valor del sacrificio que me pides?

— Sé que, moralmente, debe usted hacerle.

— ¡Capricho y fantasía! dijo Dartigues con aire burlón. ¡Cuántas obligaciones nos creamos sin necesidad! Dices que Barres me ha hecho un importante servicio á petición tuya... Convenido. ¿Pero le he encargado yo el cuidado de mis intereses? ¿Y por consecuencia de un paso dado contra mi voluntad, me encuentre comprometido sin recurso ni reserva posible? Amigo mío, eso no tiene sentido común.

— No se trata de saber si usted está comprometido,

contestó Pedro con energía, sino si lo estoy yo. Yo he adquirido compromisos en nombre de usted para conservar su honor, y lo he hecho tanto por usted como por mí mismo. En esto somos solidarios. Barres se ha portado con una generosidad sin límites. Y cuando vengo á pedir que imite su desinterés, ¿qué me responde usted?

— Pero escucha, amigo mío...

— ¡Oh! Por su interés mismo, no discuta usted. Cada una de sus palabras arranca de mi corazón un jirón del respeto que quiero tenerle. Diga usted si ó no, sencillamente, y será más rápido, más franco y más clemente...

Dartigues se irguió frío y resuelto.

— Pues bien, puesto que lo quieres : no.

— ¿Rehusa usted?

— ¿Á sacrificarle todas mis ambiciones? ¡Ciertamente! ¿Me tomas por un niño? Piensa en lo que exigés. Es por ti por quien quiero luchar. Quiero decuplar tu patrimonio y legarte un nombre ilustre... No puedes imaginar hasta dónde me impulsará la fortuna si pongo el pie en el primer escalón del poder. El porvenir es mío, ¿entiendes? y será brillante y espléndido...

— ¡Está bien! No seré yo el que asista á ese triunfo.

— ¿Qué dices?

Pedro se pasó por la frente una mano trémula y sudorosa.

— Se acabó, padre mío. Ha destruído usted mi última ilusión. Quería creer que la lucha por los intereses le había llevado á usted más lejos de lo que su delicadeza hubiera deseado. Era usted pobre y deseaba medrar. La batalla era ruda y estaba usted mal aconsejado. Yo le absolvía á usted y estaba pronto á olvi-

dar el mal que ha hecho á los demás y á mí mismo. Deseaba de tal modo amar y respetar á usted, que hubiera cerrado los ojos sobre el pasado si me hubiera dado la menor garantía para el porvenir... Pero puesto que es usted intratable y me niega la honrada recompensa que pedía por el inmenso servicio que le ha prestado noblemente un hombre íntegro, me separo de usted. Así se completa lo que usted emprendió abandonándome con mi madre, hace veinte años... ¡Adiós, esta vez para siempre!...

Se marchaba y Dartigues se arrojó sobre él, conmovido por aquel acento de profundo dolor.

— ¿Á dónde vas?

— ¿Qué le importa á usted?

— No quiero que me dejes así.

— No puedo quedarme después de lo que ha pasado entre nosotros.

— ¡Reflexiona! No adoptes una resolución extrema...

Puso la mano en el hombro de su hijo, y le dijo al oído, insinuante y corruptor:

— ¡Piensa en Bella!

— ¡Ah! exclamó Pedro desesperado. ¡Es usted más cruel de lo que yo temía! ¡Bella!...

— ¿Quieres no volverla á ver? Vive en mi casa, su madre sigue mi voluntad; esa muchacha depende de mí... ¡Te la doy!

— ¡Es tarde!

— ¿Renuncias á vivir dichoso?

El joven se irguió triste y resuelto.

— ¡Renuncio á vivir!

Su voz vibró en el corazón de Dartigues, que presintió alguna catástrofe y dijo con imperio:

— ¿Qué significa eso?

— Una cosa muy sencilla. Mientras Barres le

defendía á usted contra la perfidia de Claudio Brun, yo castigaba sus insultos... Furioso por su derrota, ese miserable se desató en ultrajes contra usted y entonces...

— ¿Entonces?...

— Entonces le traté como merecía su insolencia y como mi rencor me lo aconsejaba, y le cerré la boca furiosamente con dos bofetones...

— Está bien, dijo Dartigues. No hiciste más que reemplazarme... Pero recobro mi puesto... Entre Claudio Brun y tú no hay encuentro posible. No lo permito.

— ¿Le pedirá á usted permiso? Y yo mismo, ¿esperaré que usted me lo de? No. Cumpliré mi destino, que es pagar todo lo malo y todo lo injusto que usted ha hecho en la vida. Ha defraudado usted las esperanzas de su compañero y yo satisfaré esa deuda... Ha torturado usted á mi madre, pues al ser implacable conmigo lo ha debido ser con ella... Ha querido usted traficar con la ternura de Bella, como si le perteneciera, y esa pobre niña va á llorar y á ser desgraciada también... Todos los que rodean á usted están heridos... Guarde usted su ambición y su egoísmo en medio de las desgracias que ha causado. ¡Sea usted feliz, padre, puesto que puede serlo haciendo sufrir!

— ¡Ah! ¡Desgraciado! ¿Cómo te atreves á hablarme así? exclamó Dartigues retrocediendo ante aquel furioso dolor.

— ¿De qué se asombra usted? ¿No se explica mi falta de respeto? Soy su hijo de usted; ¿no es natural mi ferocidad? ¿Ha compadecido usted á alguien cuando su voluntad le arrastraba? Todo lo ha sacrificado usted á su deseo, á sus necesidades y á sus ambiciones. Pues bien, yo también soy un Dartigues y no conozco á mi padre... ¡Eso está en la sangre! ¡Espere usted que vierta toda la mía y cambiaré tal vez!

— ¡Cálmate! dijo Dartigues, tratando de coger á Pedro. Estás loco en este momento... Reflexiona... Tu lenguaje es espantoso y habrás de deplorarlo...

— ¡No!

— ¿Pero crees que yo no te quiero?

— Usted no quiere más que á sí mismo.

Dartigues palideció.

— ¡Oh! Lo que dices es abominable. ¡Y es falso! ¡Es falso! Antes de conocerte, mi corazón estaba cerrado á todo lo que no fuera mi ambición... Pero cuando te he visto, todo ha cambiado para mí. No soy el mismo.

— Se adula usted, padre. No ha cambiado usted.

— ¿Piensas, pues, que mentía cuando te hablaba de mi cariño?

— ¡Protestas! ¿Qué es eso para usted? Un medio de engañar.

— ¿Y cuando te besaba, era también para engañarte?

— ¡Qué sé yo!

— Pero en este momento bien ves que me estás haciendo pasar la pena más grande de mi vida.

— ¡Comedia!

Las lágrimas brotaron de los ojos de Dartigues.

— ¡Oh! ¡Hijo cruel! ¡Soy yo el que habla por tu boca! Sí, te reconozco! Las palabras atroces que tú pronuncias, yo las he dicho... Yo me he negado á creer en la ternura y en el dolor... Yo he dudado de la sinceridad de las lágrimas que hacía verter... Estoy castigado y es justo. ¡Y castigado por ti, el único á quien he amado verdaderamente! ¿Lo oyes bien? Confieso mis faltas. He sido mal esposo, padre indigno y amigo ingrato. Aceptó todas tus acusaciones, menos una: la de no quererte.

Pedro se estremeció. Veía que su padre era sincero.

— ¡Padre! balbuceó.

— ¡Sí, tu padre! ¡Un padre verdadero esta vez! ¡Me has vencido! Con los demás, yo soy el más fuerte. Pero contigo, lo veo, no puedo luchar. Tu voz me conmueve y tus acusaciones me desgarran el corazón... Y cuando me hablas de morir, estoy pronto á todo para evitar tamaña desgracia. ¡Pedro! ¡Hijo mío! Perdóname todo el mal que te he hecho... Lo repararé en lo posible, ya que todo no sea reparable... Pero júrame que no harás ninguna locura con Claudio y que no me abandonarás. ¡Oyé!... Quieres que renuncie á mi candidatura, á mis proyectos, á mis esperanzas... Me negaba hace un momento ante tus acusaciones y tus amenazas... Pero tu pena no me permite vacilar... ¿Lo quieres? ¿Crearás así en mi cariño?

La cara de Pedro se iluminó de alegría.

— Sí, lo creeré, padre mío.

Pues bien, lo haré... Te concedo esa satisfacción... tienes mi palabra.

Pedro, inmóvil y temblando, casi sin aliento, miraba á su padre.

Dartigues dijo dulcemente:

— ¿Estás contento? Abrazame, hijo mío.

Y los dos hombres se estrecharon esta vez con alegría profunda y sincera.

Al mismo tiempo se oyó una voz por la ventana del jardín.

— Señor Maillane, ¿está usted ahí? Me han dicho que no estaba usted solo...

— ¡Es Bella! dijo Dartigues.

Abrió la ventana y dijo presentando á Pedro:

— Es verdad; no estoy solo, como ves.

— ¡ Ah ! Pedro...

Se ruborizó y sus ojos resplandecieron.

— ¿ Tienen ustedes que hablar aún por mucho tiempo ?

— No, hija mía, hemos acabado. ¿ Quieres que te le envíe ?

— Tendría en ello un gran placer.

Dartigues cerró la ventana y dijo á Pedro :

Vete á hablar con ella con toda tranquilidad... Y déjame el cuidado de tus asuntos.

— Como usted quiera.

Salió y al cabo de un instante Dartigues le vió paseando lentamente con Bella al rededor de la pradera del jardín, entre la frescura de los verdes árboles y en un primaveral rayo de sol. Dartigues cerró la ventana dando un suspiro, y llamó.

— ¿ Han venido los señores Barandet y Remancón ? preguntó al criado.

— Están esperando en el saloncillo.

— Ruégueles usted que vengan.

Se puso á pasear por el despacho, según su costumbre cuando estaba ocupado. Dió negligentemente los buenos días á sus amigos, que se sentaron preocupados por su turbación cuyas causas conocían, y dijo por fin deteniéndose de pronto :

— ¿ Alguno de ustedes ha visto á Claudio Brun ?

— Le hablé esta mañana después del incidente, dijo Remancón. Tenía aún el carrillo encarnado...

— ¡ Canalla ! Bien ha merecido las bofetadas...

— ¡ Y han sido famosas ! Pedro tiene la mano pesada. Pega como un Dartigues.

— ¿ Qué ha dicho ese tunante ?

— Qué se vengaría.

— No se le cae de la boca esa palabra. ¿ Cree que

es el único que puede servirse de ella ? Yo le probaré que no tiene el monopolio.

— Está exasperado.

— ¿ Y cómo debo estar yo después de la mala partida que ha tratado de jugarme ? Ha creído que estaba á su merced y ha abusado como un miserable imbécil. Ahora está desarmado contra mí y yo puedo en cambio ponerle las peras á cuarto...

— Se lo he dado á entender, dijo Remancón, pero no está en estado de escuchar nada.

— Pues bien, amigo mío, ruego á usted que tenga otra entrevista con él. Parece que quiere matar á mi hijo...

— Me lo ha repetido muchas veces con horribles amenazas.

— Ya cambiará de lenguaje y de resolución cuando le diga usted, de mi parte, que si no toma esta noche el tren para Marsella y no está en Túnez antes de ocho días sin ver más á Pedro, le arruino por completo, aunque tenga yo que perder diez millones... ¿ Sabe usted lo que esto significa, verdad ? Usted no ignora que depende de mí el dejarle en la miseria en una semana. Ha cometido la imprudencia de especular sin mi concurso, y conozco su combinación como él conocía mis secretos... Pero esos secretos, ahora, no valen nada, pues las pruebas han salido de sus manos. No puede nada contra mí y yo puedo aniquilarle. Llévelo usted, pues, mi ultimátum : que se esté quieto, ó es hombre al agua.

Barandet levantó la cabeza con solemnidad.

— Si viene á buenas, dijo, ¿ será usted indulgente ? Estos disturbios son muy lamentables y hacen daño á los negocios, que son lo más importante en la vida.

— Explíquesele usted á ese idiota que á los cuarenta

y cinco años cumplidos se enamora de una muchacha que podría ser su hija y echa á rodar los planes cuidadosamente elaborados por todos nosotros, para obtener el resultado que conocéis.

— Ha hecho una tontería y se lo hemos repetido mil veces... Pero un hombre enamorado se vuelve estúpido. Ahora está lucido : regañado con usted, sin la muchacha y expuesto á un desastre en su fortuna. Pero ha recibido dos bofetadas... y de su rival. ¿Querrá quedarse con ellas?

— ¡Pardiez! ¿Va á ser ahora más quisquilloso que en Guaymas, donde el tratante Ramírez le hizo pegar una paliza por sus peones á consecuencia de un negocio de lanas en que le había robado?... Ramírez le esperaba después, revólver en mano, pero él volvió la espalda prudentemente... ¿Buscó camorra á Lytleton, de Filadelfia, que le expulsó del Club comercial? ¡Nada de eso! Entonces anteponía su interés á su amor propio, y hoy hará lo mismo ó ya verá lo que le sucede. No soy muy exigente. ¡Cuando pienso que un tipo semejante me ha amenazado y no le he tirado por la ventana! He tenido un eclipse de energía, pero se acabó. ¡Soy el jefe! Que lo recuerde y que obedezca.

— ¿Y no le guardará usted rencor si obedece?

— No está en mi carácter. Yo castigo, pero diez minutos después no pienso más en el asunto.

— Pues bien, cuente usted con mi diplomacia. Se marchará.

— Sí. Que se calle y que se vaya. París no es sano para él... Y después de todo, Pedro podría muy bien ajustarle las cuentas...

— Es evidente. Me voy. Hasta luego.

Aquella mañana, la señora de Appel se había levantado con el corazón oprimido, sin saber por qué. La

visita de Bella y la alegría de su hijo hubieran debido disipar sus inquietudes y, sin embargo, se sentía triste, como si le amenazase una desgracia. Dijo sus aprensiones al doctor, y éste la regañó dulcemente, se guardó bien de decir las complicaciones que habían surgido, afectó una perfecta tranquilidad y se fué á dar su clase, como de costumbre. Francine vió que Pedro no venía á almorzar, y aunque Appel disimulaba con empeño, le vió que estaba distraído, como si esperase una noticia ó un suceso. Francine se instaló como siempre en el saloncillo y se puso á trabajar, pero el silencio de la casa le parecía lúgubre y la soledad triste. Su impaciencia sin causa y su tristeza sin motivo le resultaban intolerables y no quiso seguir aislada. Se puso el sombrero y el abrigo y salió á la calle.

Tomó la del Luxemburgo, muy despacio, distraída y con la cabeza baja, y no observó que de un coche parado á cien pasos de su casa, bajaba un hombre y la seguía á distancia. ¿Le hubiera reconocido aunque le hubiese visto? Su barba estaba blanca y sus mejillas hundidas. ¿Era el alegre y brillante Dartigues ó su fantasma el que iba detrás de ella? ¿Cómo suponer, además, que la siguiera y desease hablarle? Francine seguía andando despacio, sin mirar á los transeuntes ni fijarse en las tiendas, como inconsciente.

Llegó á la plaza de San Sulpicio y la vista de la iglesia fijó su resolución. Levantó la cabeza, aceleró un poco el páso y se dirigió hacia los escalones de la entrada. Los subió, dió limosna á los pobres que estaban en el pórtico y empujando una mampara, entró en el templo. Se dirigió á las desiertas capillas, por cuyos vidrios de color penetraba una luz mística, entró en la más lejana, más sombría y más solitaria,

y deteniéndose delante de un reclinatorio, se arrojó.

El hombre que la había seguido estaba en ese momento á diez pasos de ella, á la sombra de un pilar de piedra, la miraba rezar y esperaba gravemente, con los brazos cruzados. ¿Qué esperaba? Él mismo no lo sabía. ¿Qué irresistible sentimiento, qué imperioso deber le había impulsado hacia la casa de Francine y obligado á seguirla hasta la iglesia? ¿Qué quería? No hubiera podido decirlo. Pero experimentaba un amargo placer en encontrarse allí, en pie, turbado, mudo, cerca de aquella mujer que había sido suya. Francine imploraba á Dios por Pedro, sin duda, y se acercaba así á Dartigues por el único sentimiento común que había entre ellos; el amor á su hijo. Estaba de rodillas y el movimiento de sus hombros le indicó que estaba llorando.

Dartigues, envuelto en la sombra más espesa de la caída de la tarde, fué lentamente hacia la capilla, se apoyó en la barandilla, á dos pasos de Francine, y religiosamente, acaso rezando él también, permaneció en el recogimiento de aquel santo lugar. Estaban solos. La iglesia estaba desierta. De repente Francine, como si hubiera recibido una misteriosa advertencia de la presencia de un testigo de sus oraciones y de sus lágrimas, levantó la cabeza y se ruborizó viendo un hombre tan cerca de ella.

Le miró con violenta turbación, sin hacer ni un movimiento, y de pronto las miradas de ambos se encontraron y Francine le reconoció. Hizo entonces un ademán de espanto y murmuró:

— ¡Dartigues!

Éste se inclinó respetuosamente y dijo:

— Sí, Dartigues, que suplica á usted que le escuche.

— ¿Qué quiere usted de mí?

Dartigues leyó tanta angustia en su mirada, que se apresuró á tranquilizarla.

— Quiero hablar á usted de Pedro, de usted misma y, si me lo permite, un poco de mí. ¡Oh! No tema usted. No tiene que esperar sino palabras dulces y respetuosas... Sé lo que ha hecho usted de ese niño y la admiro tanto como la envidio.

Francine le miró otra vez y le vió tan sinceramente conmovido, que cesó de temerle. Se sentó en la silla que tenía al lado y sin darle la autorización de hablar, se dispuso á escucharle. Ya tranquila, examinaba á Dartigues y aquel hombre de aspecto formal y cara reflexiva y grave no le parecía el exuberante soñador que había conocido. La vida había pasado, la edad venida, y aquellos dos resucitados de un pasado lejano se encontraban en una iglesia silenciosa y oscura, como al borde de una tumba. Dartigues dijo:

— Es usted muy dichosa, Francine, y ha merecido el serlo. La certeza de que hemos merecido la dicha es la esencia de la dicha misma, pues habiendo hecho fortuna en la vida y habiendo encontrado á mi hijo, poseo las mismas ventajas que usted y, sin embargo, tengo en el corazón un peso que me ahoga y del que quiero desembarazarme...

Bajó la voz y siguió diciendo, como en confesión:

— Creo que lo que me oprime es el recuerdo del mal que he hecho... He venido á buscar á usted instintivamente... Esperaba en la puerta, no atreviéndome á presentarme en su casa... Cuando ha entrado usted en esta iglesia, he visto que aquí solamente, en este santo lugar, me atrevería á hablarle y obtendría acaso de usted...

— ¿Qué?

— Que me perdone, dijo Dartigues con humilde dulzura.

Francine levantó una mano, como si fuera á responder, pero él la detuvo.

— ¡Espere usted! No vaya tan de prisa. No sabe usted hasta qué punto soy culpable y no quiero robar su indulgencia...

— ¿Qué ha hecho usted contra mí, á más de lo que sé?

Dartigues bajó la cabeza.

— He formado un proyecto horrible. Cuando encontré á mi hijo, quise apartarlo de usted; quitárselo...

Francine se estremeció y dijo :

— ¡ Lo había presentido!

Dartigues la miró con dolorosa sorpresa :

— ¡ Cómo! ¿ Lo sospechaba usted? Necesitaba usted defenderse y ha impedido que ese niño juzgase á su padre? Podía haber echado una mirada á mi triste pasado... y usted se lo ha prohibido... Si tengo todavía un poco de su cariño, á usted se lo debo... ¡ Así se ha vengado usted, Francine, del mal que le he hecho y del que pensaba hacerle!...

Las palabras se ahogaron en su garganta, y se volvió como vergonzoso de las lágrimas que vertía, pero ella le dijo sonriente y calmada :

— No tengo rencor, Dartigues, ni lo he tenido nunca. Siempre le he compadecido á usted sinceramente. Quiero á mi hijo y estoy reconocida á los que me han ayudado á salir adelante con él... Y en este momento, por muy culpable que haya usted sido, le perdono con toda mi alma.

— Es usted una santa, dijo Dartigues, inclinándose delante de ella. Voy á dejarla á usted más tranquila por el presente y por el porvenir. Me parece que me ha lavado usted de mis faltas... ¡ Goce usted de su

felicidad, Francine! La merece usted. Y esté segura de que contribuiré á la dicha de Pedro. No podré reparar todos los males que le he causado, pero tendré la dicha de poder serle útil.

Francine movió la cabeza con melancolía.

— Es usted rico, según creo. No dé usted dinero á Pedro, porque eso le corrompería... Conviene que trabaje para que conozca las satisfacciones del éxito... No le haga usted participar de su riqueza y así será dichoso.

— Lo que haré por él será darle la mujer á quien ama... Es encantadora, buena y sencilla. Estoy cierto de que la querrá usted, y la radiante felicidad de esos muchachos embellecerá los últimos años de su vida.

Francine sonrió y por un fugitivo segundo brilló en su cara la gracia de otro tiempo. Dartigues entrevió, como en un relámpago, á la Francine que había conocido. Dió un suspiro y cuando la vió levantarse, se inclinó y depositó rápidamente en su mano un beso respetuoso. Cuando Francine volvió los ojos hacia él, ya se alejaba. Sus pasos se perdieron bajo la bóveda y su sombra desapareció entre las columnas. Francine, con el corazón palpitante, se encontró sola, y elevando á Dios sus oraciones llenas de gratitud, lloró dulcemente.